

Doña Inés. Las velas de los altares se prenden, como si en la cera de cada una de ellas se hubiera pegado una luciérnaga. Las estatuas yacentes de los mausoleos de mármol se incorporan, y luego se levantan y van á arrodillarse: en las gradas del presbiterio, los monarcas; atrás, dentro de la crujía de bronce, los prelados y los nobles. Se oye rumor de choquezuelas: es Don Pedro I de Castilla que viene á orar, con la diestra en la cruz de la espada. Felipe II reza con los ojos bajos para que Dios no se los vea. Desembózase el galán Felipe IV, y, entre salmo y salmo, dirige una mirada á hurtadillas al coro de las monjas. Después, el cuadro muda, los espectros se desvanecen. D. Juan, de pie junto á la pila de alabastro, ofrece agua bendita, en la extremidad de su dedo índice, á una hermosa que pasa. Doña Ana de Pantoja, envuelta en manto oscuro se aproxima al confesonario. El alcalde Ronquillo acecha, embozado, detrás de una columna. En los cristales de las ventanas góticas se encienden imágenes de colores. Las campanas, antes inmóviles, con el sonido muerto adentro, como gigantescos apagadores sobre pábilos extintos, se agitan y vuelcan nidos de repiques sobre las torres y los tejados de la ciudad que despierta. En ella, hay celosías que se entreabren para abrir paso á manos blancas, que dejan caer billetes amorosos, á manera de plumas desprendidas de alas de palomas; justadores que van en sus corceles, y terciada la banda que ostenta los colores favoritos de alguna dama, al torneo; pajes que rebullen en los patios de los palacios, como grandes pájaros de plumas tornasoladas; dueñas que, oculta en el breviario, llevan la tierna carta de su señora para el apuesto enamorado que la ronda; tutores de torvo ceño y barba cana; donceles que en torcidos pasadizos aguar-

dan besos de meninas; halcones, jaurias, venablos, lanzas y mosquetes; un judío que con el sambenito sobre el pecho marcha al auto de fe; un astrólogo en la torre; un gitano en la plaza; y allá, en la culebreante callejuela, bajo los garabateados pescantes de fierro que sostienen las farolas de un retablo, el cadáver de un joven trovador.

El órgano calla y la visión se desvanece. El organista—ya lo habéis entendido—era Zorrilla.

III

Pero este músico es, además, un gran decorador. Los personajes de sus leyendas son figuras de gobelinos; sus romances, son riquísimas tapicerías. Los del Duque de Rivas tienen la corrección de la línea: los de Zorrilla tienen la riqueza del color.

¿Qué son las estrofas del poema *Granada*? Frisos de la Alhambra. ¿Qué son los *Cantos del Trovador*? Almenas y cornisas y agujas de edificios góticos. ¡Imposible es que este poeta cante los ideales modernos! En vano, recientemente, intentó hacerlo. La locomotora no puede subir, serpenteando, por la abrupta montaña en cuya cima se alza el castillo de este señor feudal de la poesía. El viejo bardo sólo calienta sus entumidos miembros en el rescoldo de la España moruna y de la España goda. El nido de esta ave está en el relicario de argamasa de alguna imagen tradicional. En su poesía suena la guzla mora, la lira de Manrique, la guitarra de Fígaro. Es morisco, es gitano y español.

¿Hay algún personaje más español que el petulante y despilfarrado y fanfarrón Tenorio? Pues en ese habría querido encarnarse Zorrilla; y por eso, inconscientemen-

te, la posteridad-- que ya para él empezó desde hace tiempo—le ha condenado á cadena perpetua de Teno-rio. No tener Dios, ni ley, ni policía en la vida, y á la postre salvarse, tal es el ideal de este poeta, que es algo así como un bandido generoso de las letras. Ya descalabra á la gramática; ya aporrea á la historia; ya saquea á la leyenda; ya descrisma á la lógica. . . ¡y al fin se salva, al fin lo coronamos! Su discurso de recepción en la Academia de la Lengua debió haber llevado este epígrafe: “La música las fieras domestica.”

IV

En este mismo anacronismo viviente de la musa de Zorrilla está cifrado el secreto de su coronación. La poesía burguesa de Campoamor es contemporánea y rival de la musa aristocrática de Núñez de Arce. Aquella es pintura de género y ésta es pintura histórica, y la de Valera y Menéndez Pelayo es pintura clásica, pero todas son de la propia edad, del propio siglo. Hasta los cartelones pintarrajeados de López García, y las estampas místicas y los bonitos cromos del Sr. Grilo son de nuestra época. Pero Zorrilla no tiene rivales, no tiene envidiosos, no es de nuestro tiempo. ¿Qué pintor va á encelarse de Velázquez ni de Murillo? ¿Qué autor dramático moderno sería capaz de firmar y dar á la escena una comedia de Calderón ó Lope? El mismo Echegaray, admirando mucho al autor del *Mágico prodigioso*, no consentiría en robarle una obra, de todos desconocida, y darla como suya. De Calderón habría sido aplaudida; de él, silbada.

Decir á Zorrilla: — vamos á coronarte, — equivale á decirle: — ya estás muerto; á nadie haces sombra, eres

un aparecido que sólo tiene permiso de Dios para volver al mundo durante un cuarto de hora.—Asistimos al entierro de su poesía, como se va al entierro de una vieja nodriza, á quien no tratamos ni volvimos á ver en muchos años, pero cuyo recuerdo vive en nuestras almas.

No leemos las poesías de Zorrilla; pero coronamos al poeta. No lo vemos: lo recordamos. No está con nosotros; pero está con Lope y Calderón. Vive y ha muerto. Lo amamos como se ama la juventud perdida. Pocos lo leerán después, porque ninguno podrá oírlo. El se llevó el secreto de cantar sus versos!

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

CARTAS DE JUNIUS.

Don Pelagio A. de Labastida.

Me pide usted, señor director, una biografía del Arzobispo de México, y tengo la pena de no poder enviársela. Siempre he sido enemigo de averiguar vidas ajenas; no procuro saber cómo fueron mis amigos, antes de que yo los conociera, sino simplemente como son; y así me evito quebraderos de cabeza y decepciones. Además de esto, las biografías se han vulgarizado tanto como las fotografías y ya casi no hay quien carezca de la suya, ora la haya comprado en París, amplificada, al precio de cincuenta pesos, ora la haya adquirido en esta plaza y mediante pequeño desembolso.

Pero si biografía del arzobispo no tengo en mi gave-

ta, y si ignoro, ó sólo en globo sé, los episodios y detalles de su vida, guardo en cambio un retrato del prelado y este retrato es el que voy á comentar.

Sabrán otros todo lo que ha sido Su Ilustrísima ya en la gerarquía eclesiástica, ya en la vida política: lo que yo sé nada más, es que Don Pelagio de Labastida ha sido lo que se llama un guapo mozo. En los retratos de otros arzobispos se ve al viejo; tienen algunos en el rostro color de cera amarillenta; en la mirada, cierta sagacidad, inquisidora y fría, de confesor ó de juez; en la frente, arrugas de arrollado pergamino; y al ver esas caras enjutas, esas manos largas y huesosas, esas narices largas y curvas, esas cabezas calvas, se dice uno:—ese hombre ha de haber leído mucho en su obscura celda ó paseando por los claustros; ha de haber oído muchos y muy horribles pecados tras la rejilla del confesonario; ha de ser enemigo de todas las pompas mundanas y habrá que acercarse á él con respeto, más parecido al miedo que al respeto, por si amaneció de mal humor Su Señoría Ilustrísima.—

La cara de Don Pelagio Labastida es muy distinta. Tiene escrito en la frente un “Dejad que los niños . . . y los hombres, y las mujeres, y las niñas se acerquen á mí.” Sonríe como pensando: todos estos pecadores son unos muchachos traviesos, que con el tiempo se corregirán . . .” Y sólo al ver esa sonrisa, esa mirada benévola, siente uno que ya le han concedido la palabra, que puede hablar sin riesgo de que lo regañen . . . Esos ojos están diciendo: “Siéntese usted, amigo mío!”

Y amigos de él son, en efecto, cuantos al Arzobispo se aproximan; en ganar amigos está su arte; y no es aventurado presumir que hasta en el infierno tiene amigos. Porque el Sr. Labastida ha sido amigo de herejes,

de libre pensadores, de protestantes, de ateos . . . Antaño se le veía pasear por la calzada de Morelia, dando el brazo á un amigo muy su amigo y muy nada ortodoxo; á Don Melchor Ocampo. Y ¡cosa peregrina! entiendo que Don Melchor, por su aspecto grave y taciturno, parecería más bien el que iba para obispo, y Don Pelagio de Labastida el hombre de mundo.

Esta cara, afable y risueña, se reviste, sin embargo, de tranquila majestad en ciertos momentos. Ví por primera vez al Arzobispo bajo las bóvedas de la Catedral, en solemne fiesta religiosa. Su voz robusta, amplia, sonora, hecha para vibrar bajo una gran cúpula y sobre la muchedumbre arrodillada, llenaba las naves espaciosas. Y allí en aquel púlpito y revestido de púrpura, á guisa de Cardenal, era muy otro el Arzobispo. Era el Prelado hablando desde muy alto é imperiosamente á la sumisa grey; era el Prelado encendido por el fuego de la elocuencia y fulminando rayos é irradiando calor de cristianismo para desentumecer las almas y alumbrar las conciencias; no era el hombre, era el Príncipe de la Iglesia.

¡Cuán distinto se ve allá en su cuartito de la Perpetua! Contiguo á éste está el Oratorio privado, pequeño, nada suntuoso, apropósito para hablar con Dios á solas. Se entra, y junto á la mesa cubierta de papeles, de periódicos y libros, vestido con una sotana morada y con las manos generalmente descansando en las rodillas, está el Arzobispo. Nada hay lujoso en este cuarto. Un biombo ocultando la cama, unas cuantas sillas, cuadros de santos . . . todo humilde, todo modesto, como de cura de aldea.

Desde luego la sonrisa del Arzobispo parece decirle á uno:—no te arrodilles, no es preciso.—Se recuerda, al

observarla, la sonrisa de Pío IX; pero ésta es como más grande, como de mejor humor, como más sana. Y la bondad que expresa no resulta desmentida por las palabras. Oye Don Pelagio con paciencia inalterable cuanto se le dice, ¡y á fe que de paciencia ha de menester! porque del Arzobispo esperan el remedio de sus males todos los que van á visitarlo. Este pide un empleo; ese, una carta de recomendación; aquél, una limosna. ¿Quiere alguien casarse? Pues al Arzobispo! ¿Quiere otro descasarse? Pues, también al Arzobispo! Y—Señor, que los padres de mi novia no dan su consentimiento para el matrimonio...—Señor, que mi marido tiene amores con otra...—Señor, que mi hijo me ha salido borracho...—Señor, que tengo cinco muchachos y no tengo empleo...—Señor, que mi suegra...—Señor, que se me cumple esta libranza....

Y esto es todo el día! Y todos salen con lo que el Arzobispo puede darles; y con una esperanza, con una promesa, á veces; con un consuelo siempre.

Parece extraordinario que esta bondad no se interrumpa, porque el Arzobispo indudablemente ha de tener serias preocupaciones, graves tristezas. Hoy lo insulta un periódico enemigo; mañana lo defiende un periódico amigo, y esto suele ser peor; á cada instante se le presenta un cura que está en la miseria; no pasan muchos meses sin que alguna persona muy respetable y muy piadosa se presente en quiebra, burlando la confianza del Arzobispo y llevándose algún dinero de la Iglesia... Además de esto, Don Pelagio duerme muy poco, come mal, padece de gota... tiene en su grey muchas ovejas que desconocen al pastor y le dan topes... ¡y nada de esto altera su humor amable y bondadoso!

Vedlo, por ejemplo, cuando termina en su capilla una misa nupcial y suben los novios á saludarlo. El está contento de ver á todos tan contentos. Y para decir á los recién casados:—No se asusten ustedes... la vida no es tan mala como dicen... van á ser muy felices!—

Su voz gruesa—voz de cuerpo sano y alma limpia—alienta, fortifica. Se conoce que él está dispuesto á hacer el bien, á ayudar á todos. Nada de choques: poner de acuerdo á los casados que riñen y á los partidos políticos en pugna, es su placer. Yo—decíame cierta vez—estoy dispuesto á ayudar á todos los gobiernos. Que no me toquen el *credo* y aquí me tienen para lo que manden!

Acaso para esconder sus tristezas y para aliviar sus amarguras con el aire libre del campo, va tan á menudo á su residencia de Tacuba. Allí vive en el viejo y triste convento tan poblado de recuerdos como desierto de habitantes. Se atraviesa un angosto, obscuro y largo pasadizo, con escasas celdas á los lados y lienzos místicos en la pared; se llama á la vidriera que está en el fondo; abren y se entra á una sala modestamente amueblada. Allí no falta nunca algún sacerdote, en olor de pobreza, leyendo el breviario, mientras le llega su turno de entrar á la audiencia; varias señoras cuya manos no estarán vacías de buenas obras, pero cuyos bolsillos sí, de seguro, están vacíos; ricos que van también con el fin de pedir algo; y buenas personas que se proponen referir al Arzobispo todas sus penas de familia. En la pieza de junto está *el Señor*—como lo llama su secretario.—Y todo en esa pieza es más humilde, más pobre, que en el cuartito de la Perpetua. Pero allí vive más á sus anchas, más tranquilo Monseñor. Allí abre la ventana y mira árboles, horizontes azules, fértiles mon-

tañas, pintorescas planicies. Desde allí sonríe á su vieja amiga la naturaleza.

Porque Monseñor Labastida ha sido siempre y sigue siendo un hombre de campo. Tiene sávia de árbol en la sangre. Lo veis en la frescura de su color, en el vigor de su cuerpo, en el sonido de su voz acostumbrada al aire libre y á hacerse oír á distancia. Cuentan que, cuando joven, daba gusto verlo á caballo, airosamente vestido á la mexicana y tan desembarazado y atrevido como el mejor rancharo y más gallardo. Y todavía hoy suele montar Su Señoría y se dice uno al verlo:—¡qué bien colearía y manganearía este señor en sus mocedades! ¡y qué guapo debió ser el Arzobispo!—

Ahora hay en su rostro como los reflejos y vislumbres de una hermosa puesta de sol. Su voz se va debilitando, como si tuviera sueño. Pero todavía no es él un viejo. Es un hombre que se aproxima á los ochenta años. Todavía sonríe á la naturaleza, á la juventud, á la desgracia, y lo último que de ese rostro ha de irse es la sonrisa.

Hoy celebra sus bodas de oro con la Iglesia. Hace cincuenta años cantó su primera misa. Y acaso al verse rodeado de toda la pompa de las ceremonias católicas, entre nubes de incienso, sacerdotes mitrados, príncipes del clero y batallones de seminaristas; teniendo á sus pies y de hinojos á la devota multitud, y arriba como el cielo que se abre para recibir la hostia que él consagra; acaso digo, rueda una lágrima por sus mejillas y él se acuerde enternecido de aquella humilde iglesia de Zamora, en donde él dijo su primera misa, y de los padres que lloraban de ternura al ver á su hijo amado en el altar. ¡Qué lejos y qué cerca de él están ahora!

CARTAS DE JUNIUS.

El Congreso Americanista.

I.

El primer objeto que se propone este Congreso es el siguiente:

“Escoger las medidas conducentes á preservar la paz y prosperidad de las varias naciones de América.”

Nadie puede negar que esto es muy bueno. Se trata de que todos seamos felices, en lo que nadie puede tener inconveniente. Pero un Congreso que ha de preservar á medio mundo de todos los males que pueden destruir su paz y entorpecer su prosperidad, no debe de formarse de míseros mortales, sino de dioses. Y aun así, pudiera resultar defectuoso, porque en el único congreso de dioses á que se refiere la leyenda, en el Congreso cantado por Homero, andaban los inmortales á puñadas, defendiendo éstos á los troyanos y aquéllos, á los griegos. Para tal asamblea me parecen incompetentes diputados los sabios y ricos homes que ha propuesto el *Tiempo*. Y hasta pareceríanme incompetentes Don José Joaquín Terrazas (que tiene *misión* y habla á menudo con la Virgen de Guadalupe) y Don Manuel María de Zamacona, quien al despedirse del presidente de los Estados Unidos, hace cerca de ocho años, sobre poco más ó menos, se dió á reconocer como instrumento de la *Divina Providencia*. No; para tal Congreso, que se propone declarar la dicha obligatoria, no podemos desig-